

Antiterrorismo, auténticas monstruosidades antijurídicas.

El libro no recoge la práctica cotidiana de lesión de los derechos humanos, limitándose a comparar la legislación, y en particular la Ley de Enjuiciamiento Criminal, con los derechos humanos reconocidos internacionalmente. La pretensión del autor no es otra, y, además, si se hubiera dedicado a ese trabajo hubiera necesitado de varios tomos. Tarea que, por ingente que parezca, debería realizarse para que quede constancia de lo que al respecto han supuesto los cuarenta años

en que España fue la "reserva espiritual de Occidente". ■ **JUAN MAESTRE ALFONSO.**

TEATRO

Un estreno de Baroja

Sabido es que, aun dentro de las singularidades un tanto pin-

turescas de su circunstancial tarea de crítico, Baroja dijo del teatro español varias verdades como puños. Al plantearse la posibilidad de ser él mismo un dramaturgo —seducido "por el dinero y por el éxito"—, con ocasión del estreno de su "Adiós a la bohemia", escribió: "La retórica un poco casera, vulgar y al mismo tiempo falsamente natural, la que la gente de teatro considera el lenguaje típico de las pasiones, la que se encuentra en la fraseología de Galdós, de Dicenta, de Benavente y de Martínez Sierra, yo no la puedo soportar". Tratándose de un

escritor como Baroja, es evidente que su discrepancia con lo que la gente consideraba "el lenguaje típico de las pasiones" no podía quedarse en la fraseología y tenía que afectar a la poética del teatro, a la concepción de la obra dramática.

Entre sus escasos textos teatrales, creo que "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo" es, con mucho, el más sugestivo. Durante años y años, fueron varios los grupos que quisieron montarlo, pero la censura lo impidió. Al fin y al cabo, la ceremonia del garrote vil constituye una expresión sustancial de ciertos modos de ser de nuestra sociedad, y entrar en ella con espíritu observador tiene mucho de indelicadeza, de inoportuna crónica de las miserias ocultas. Desde los viejos tiempos de "El verdugo", de Berlanga, a los más recientes de "La torna", aunque fueran otras las motivaciones concretas de la prohibición, lo cierto es que el tema del garrote ha suscitado siempre una gran resistencia. En esa misma lista de títulos se encuentra "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo", clarísimo antecedente del film de Berlanga.

Ahora, al fin, ha sido montada por el grupo Teatro Libre, de Madrid, que lleva luchando, desde 1971, bajo la dirección de José Luis Alonso —que nada tiene que ver con el que fuera tantos años director del María Guerrero—, por presentar trabajos de interés ante públicos universitarios y populares. El hecho de que, tras siete años de labor, con participación incluso en cinco festivales internacionales —Sitges, Estambul, Avignon, París y Nancy—, el grupo no haya logrado consolidar la permanencia y madurez de un núcleo de actores, revela, una vez más, la dureza que la incultura nacional dispensa a estas dedicaciones. Es obvio que en el caso de una obra como la de Baroja, las limitaciones del grupo —salvadas con talento y entusiasmo hasta donde las circunstancias lo permiten— obligan a contemplar el estreno como una versión de "El horroroso crimen..." antes que como una concreción de todas sus posibilidades. Lo cual conviene dejar muy claro para que cuantos, en nombre de la normativa poética tradicional, consideraban endeble la obra de Baroja —conscientemente opuesta a esa normativa dramática— no saquen conclusiones definitivas. El mismo Alonso me decía que la investigación acaba de comenzar y que el trabajo sufrirá a partir de ahora cuantas remodelaciones se deriven de sus representaciones.

ADIOS A LAS LETRAS

El milagro de Fátima

Se casó Jesús Aguirre, el director general de la Música. A mí no me ha importado mucho, porque yo no me he casado y tampoco sé si eso le viene bien al personal.

Tampoco sé si le viene bien a la duquesa, a la que deseo tantas venturas como títulos. La cosa se ha convertido en cultural. Aparte de los padrinos y los desposados, personajes colaterales han aprovechado la ocasión para homenajear al nuevo duque. José María Guelbenzu, sucesor de Aguirre en la dirección general de Taurus, la editorial que publicó los rollos de Tierno sobre Heidegger, por ejemplo, sacó a la luz su novela La noche en casa, que es una clara alusión a la normalización vital que pasa a padecer Jesús Aguirre.

Claro, ya Jesús Aguirre no puede pasar la noche fuera de casa, si no es con los personajes de su séquito. Aunque ya no contaría historias tan apasionantes como las que se le ocurrían cuando hallaba personajes atlánticos y negaba el milagro de Fátima, una falacia que él tachaba del calendario cuando todavía usaba alzacuellos blanco y vestía libros de esos que se separan con las cintas moradas que se usan para dividir los milagrosos capítulos de la Biblia.

Ahí andará él, ahora, de duque consorte, vigilando el crecimiento milagroso de su carrera política, volviéndose hacia Pío Cabanillas cuando éste recibe las bocas tachadas de los payasos españoles, a los que se les pide mostrarse firmes frente a la lujuriosa pintura azul que desde el propio Ministerio de Cultura lanzan contra la cultura del país los que aún se saben los resortes de la voz, los que siguen colocando barreras ante quienes creían que, como decía Antonio Gala, una vez el perro muerto, se había acabado la rabia.

Cuando se acabe la rabia, se habrá acabado el milagro de Fátima. Pero sigue ahí. Gracias al milagro de Fátima, recorre desde Finisterre a la Tierra de Fuego el avión de Iberia que conduce a Camilo José Cela.

Nada más llegar a Argentina, el senador real —hay otros senadores que, según esta división, serían irrealos— pudo ver humo en las cárceles. Cincuenta muertos hubo bajo las cenizas. Pensaría que estaba en Córdoba, pero al ver la masacre de presidiarios pensaría



Jesús Aguirre y Cayetana, duquesa de Alba.

que El Lute estaría bien donde está. "Videla no es como Pinochet", se consolaba el académico. Entre uno y otro, en efecto, hay una diferencia: uno cree en el milagro de Fátima y otro piensa que no hay ninguna razón teológica para pensar que no se produjo el milagro de los panes y los peces.

Mientras le dan al misal, ambos dictadores pretenden creer que las cenizas son otro milagro de las chimeneas de sus países. Ambos han cambiado el misal por el libro de Gonzalo Fernández de la Mora —"El crepúsculo de las ideologías"—, del que el famoso diputado va a publicar ahora una nueva versión: "El crepúsculo del cuatro puertas", que alude a sus dificultades para entrar en su coche con chófer como los payasos se suben a las sillas. En lugar de entrar en su automóvil de dos puertas de la manera más recta —junto al conductor y delante—, el ya casi sexagenario diputado se empeña en subirse al asiento trasero, para poder leer el "ABC" sin que lo roce el ideólogo que le conduce. Los esfuerzos del conocido escolástico son tan graves como los que acomete Fraga Iribarne para ocultar que su derecha, como el cuatro puertas que no se ha podido comprar Gonzalo, se halla venturosamente en el crepúsculo. ■ **SILVESTRE CODAC.**